



TANTO LA LITERATURA COMO LA ANTROPOLOGÍA comparten una experiencia similar: el encuentro con “el otro” y la preocupación por describir y narrar su mundo. Desde antes que la disciplina antropológica existiera como tal, la literatura ya le había abierto las puertas a la imaginación europea sobre seres y mundos que existían más allá de sus fronteras culturales. Basta con recordar a Robinson Crusoe, el personaje creado por Daniel Defoe a comienzos del siglo XVIII, quien se convirtió en un mito que aun hoy es recreado con fuerza en el cine y la literatura. Una pervivencia que para la antropología es también importante, en la medida en que nos permite conocer cómo y por qué representaciones del mundo no europeo, transmitidas por personajes de ficción, han servido para establecer relaciones de diferencia, o en ocasiones de cercanía, con esos “otros” que habitaban los territorios que los imperios colonizaban. Si el héroe europeo de Defoe viajaba por las costas americanas, más adelante, en el siglo XIX Haggard lo ubicaría en el África durante la época victoriana. Las narraciones de estos escritores, entre otros, no sólo alimentaron la imaginación popular europea sino que también sirvieron de referencia a los científicos de la época. Recordemos a Malinowski, personaje mítico él también, y quien más explícitamente evidenció su cercanía con la literatura. En su muy citada frase, en la cual hizo referencia a que Rivers era el Rider Haggard de la antropología y él sería el Conrad, mostró, una vez más, su admiración por Conrad, quizás el novelista más citado y analizado por los antropólogos. Sin embargo, no deja de ser una declaración problemática, en la medida en que contrapone las dos disciplinas de forma poco diferenciada. Esta relación cercana ha sido resaltada en más de una ocasión. Según Robert Hampson, estudioso de Conrad, la posición de este novelista era similar a aquella que enfrentaban los antropólogos cuando regresaban a sus países a escribir sobre su investigación. Porque es precisamente en ese momento cuando, ya lejos de sus zonas de investigación, los antropólogos deben narrar y realizar el proceso de

la escritura con las formas de representación exigidas por su disciplina. ¿Cuáles son estas formas de representación? En el caso de América Latina, donde la relación entre el etnógrafo y “el otro” adquiere una dimensión diferente, ¿cómo se da la intersección entre antropología y literatura?

Éstas y otras preguntas que apuntan a problematizar el vínculo entre las dos disciplinas son el tema del presente número. En su notable presentación, nuestros editores invitados, Juan Carlos Orrego y Margarita Serje, hacen una importante reflexión del tema a través de un detallado recorrido sobre la historia de esta relación, a la vez que se refieren a otras formas narrativas influenciadas por el quehacer antropológico.

La obra del artista Miler Lagos tiene una gran relevancia para este número. Algunas de sus obras parten de un profundo interés por explorar uno de los elementos claves para la narración escrita: el papel. A la vez, utiliza este material para construir piezas que nos remiten al encuentro, a través de los libros, con otras formas de creación. Es difícil no pensar, cuando vemos su hermoso iglú de libros, en la película documental de Robert Flaherty hecha en 1922, *Nanook of the North*. Evocamos la inolvidable y hermosa secuencia que muestra la construcción de un iglú por parte de Nanook en el Ártico canadiense. A la vez, de nuevo constatamos la versátil relación entre la antropología, el arte, el cine y la literatura.

Para nuestros editores invitados, así como para los autores que aparecen en este número, un agradecimiento muy especial. Para Miler Lagos también nuestros agradecimientos, no sólo por permitirnos utilizar sus fotografías sino también por su generosidad al compartir sus ideas y opiniones sobre los temas de los que trata su obra. ✨